

Kolia de Kazán

de las cosas. Implemeable: (de Monti) coraza con la que nos protegemos de quienes pueden hacernos daño o sufrir.
Carantohaterapia, carantohaterapia, cucamonahaterapia, es decir, el cambio puesto al servicio de la curación o la felicidad.
Caricohaterapia: pues eso, que todos poseemos la capacidad de lo que podríamos bautizar como termoterapia o mimoterapia.
Caricohaterapia: introducir, como regla contraria a la imperante, la orden de no prohibir.
Zardak: ¿es que no los hay con caracteres cirílicos o árabes?
Zardak: dejar correo electrónico o mimoterapia.
Nemail: seducir como paciente y terco.
Novedar: introducir, como regla contraria a la imperante, la orden de no prohibir.
Jobstinado: hombre muy paciente y terco.
Kilustrar: enseñar el peso y medida de las cosas.

Ficcionario: diccionario inventológico.
(también pi-ccionario: 3.141 voces nuevas, un número de palabras que se acerca a pi)

Ficcionario: diccionario inventológico

(también pi-ccionario: **3141 voces nuevas**,
un número de palabras que se acerca a **pi**)



KOLIA DE KAZÁN



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: septiembre 2020

Depósito legal: AL 1957-2020

ISBN: 978-84-1374-324-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Kolia de Kazán

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Proporcionada por el autor

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

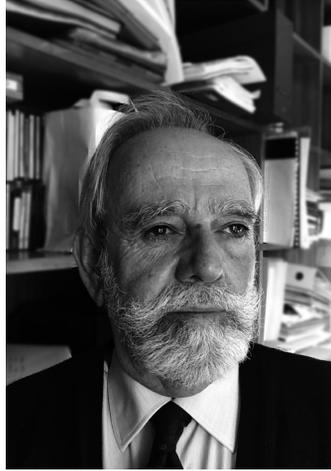
info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.



Nicolás Pérez-Serrano Jáuregui nació en Madrid en julio de 1947. Cursó estudios hasta Preuniversitario en el Instituto de Enseñanza Media Ramiro de Maeztu de Madrid. Licenciatura y doctorado en Derecho en la Complutense de Madrid con Premio Extraordinario. Profesor numerario de Derecho Constitucional, Parlamentario y de Historia de las Ideas Políticas de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid (1983—2004). Por oposición, y con el número 1 de su promoción, ingresó en el Cuerpo de Letrado de las Cortes en enero de 1975. Ha sido, en la Transición, adjunto al letrado mayor de las Cortes Españolas, secretario general del Senado, secretario general del Congreso de los Diputados, letrado mayor de las Cortes y secretario de la Junta Electoral Central, así como asesor de la Comisión Constitucional que en el Senado tramitó el proyecto de Constitución de 1978 y de la Comisión Mixta Congreso—Senado que elaboró su texto definitivo. Es también, desde 1973, abogado en ejercicio. Fue durante una década director de la Escuela de Práctica Jurídica de ICADE. Pertenece, como vocal, a la Comisión General de Codificación desde 1980, y al grupo de expertos que asesora al

Ficcionario: diccionario inventológico

Consejo General de la Abogacía. Ha escrito libros, dirigido tesis doctorales y publicado numerosos artículos especializados sobre cuestiones de índole constitucional y parlamentaria, así como relacionados con su actividad profesional de la abogacía. Ha sido conferenciante ante varias universidades, parlamentos de varios países, reales academias y otras instituciones. Utiliza un seudónimo muy querido para él, Kolia de Kazán.

PRÓLOGO

PRIMERO

EXPLICACIÓN DE PROPÓSITOS: EL PORQUÉ DE HACER UN DICCIONARIO

Diré desde un comienzo que tales obras, ontológicamente recopiladas, siempre me han atraído mucho. Su orden me maravillaba. En mi casa los había de muchos colores, formatos y contenidos, de manera que su uso estaba a mi alcance desde la infancia. Recuerdo bien el impacto que me causó el poder manejar sin limitaciones el *Tesoro de la Juventud*, con sus veinte volúmenes, plagados de historias, con palabras e ilustraciones que me resultaban incitadoras y me adentraban en mundos sugerentes. En las oposiciones a las Cortes me impresionó cuanto tuve que leer acerca de la *Enciclopedia*, resumen del saber humano hasta el XVIII. En el fondo late, ciertamente, mi inseguridad o afán de no equivocarme, lo cual me llevó a usarlos continuamente. La verdad es que con ellos cerca he sentido compañía tangible cuantas veces los consultaba.

Si repaso mentalmente los más usados me sale esta lista a bote pronto: *Autoridades*, *Tesoro* de Covarrubias, Moliner, Casares, *Hispano-Americano*, Barcia, Turlot, Corominas...

Muchas veces, en los 21 años en que expliqué en ICADE Derecho Constitucional y Parlamentario e Historia de las Ideas Políticas, recurrí, cuando me parecía que algo carecía completamente de sentido, a la palabra *zurzulludo*, última de las que recoge el diccionario de COLL. Fue allí, en esas aulas de la calle Alberto Aguilera de Madrid, donde percibí con intensidad la necesidad de definir las cosas y cómo sintetizarlas. Ese esfuerzo pervive en las páginas del diccionario.

¿Qué sentido tenía comenzar a crear palabras y dotarlas de significado? Pues al menos acumulaba estos sentimientos: no pasaría de ser un divertimento, basado en sacar jugo al idioma, en jugar con raíces, mezclar palabras y sentidos, sustituir letras, torcer significados y crear sentimiento a través de las expresiones.

Había detrás de tal distracción muchas horas de detenido estudio de la *Enciclopedia Jurídica Seix* (antigua y moderna) y de la *Enciclopedia Jurídica Básica*, y, por supuesto, del *Diccionario RAE*. Pero en la retina y en la memoria también hacían su función los ecos y posos de los Vox de latín y griego, los diccionarios de sinónimos y antónimos, los catecismos políticos tan populares en el siglo XIX y otros diccionarios jurídicos (Muñoz Machado; o, más recientemente, el de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, etc.).

Además, puedo añadir una reflexión que lucha contra la aridez propia de un diccionario y que refleja el cansancio del corredor de fondo, solo frente al desafío y el peligro: ¿quién ha dicho que un diccionario ontológicamente *impide* que su autor dialogue con el lector? Vid. las voces *Poniente*; *Follicular*. Es un divertimento más.

Siempre se topa uno con la dificultad intrínseca de definir las cosas¹, hacerlo con pocas palabras y conseguir además un gesto cómplice del lector. El reto no es pequeño; quizá ahí radique el esfuerzo, en el empeño. Por si ello fuera poco: ¿qué decir de organización, método, constancia, irritación frente a impotencia, estados de desánimo de no poco calado o duración? Aun así, he de confesar que el diccionario no está hecho en horas muertas, sino en *horas vivas*, en retazos y jirones del alma, impresionable siempre, de la que ha de surgir la chispa, que luego racionalizas y sometes a pautas.

Hay —y es necesario vencerlos— momentos de ofuscación y frustración, de hastío, sentimientos de inutilidad, de iluminación, de autoplagio. De manera que con todo ese coctel de elementos contradictorios y de enorme intensidad a alguno puede parecerle que estamos ante un acto de *osadía* (plantigrada de pocas horas de vida). No ha sido esa, desde luego, la pretensión del autor, que se decanta por definir su creación como un acto continuado de magia y de juego.

Mis padres, ambos, inventaban palabras. Y a ellos rindo homenaje. Don Nicolás y doña Natividad, espero, aplaudirán esta forma de seguir sus huellas.

No puedo, honestamente, a pesar de lo dicho, mostrarme como experto o especialista en diccionarios. Sí diré, no obstante, que para mí solo existirían dos grandes grupos:

¹ Un diccionario poco habitual (los dos tomos del *Diccionario de la Lengua Castellana* de D. E. MARTY CABALLERO, editor Manuel Rodríguez, 3.^a edición, Madrid, 1872) dice, pág. V, gráficamente que es «un archivo fiel á que hay que acudir á cada momento para escribir con corrección y usar con propiedad las voces adecuadas á las ideas que se quieren expresar, evitando los errores ortográficos y el empleo de palabras que no están rigurosamente ajustadas al sentido genuino y verdadero».

Ficcionario: diccionario inventológico

1. Los de tipo descriptivo (de lo que sea):
 - raíces = etimológico.
 - significados = normales.
 - sinónimos, antónimos...
2. los inventológicos:
 - de sus significados respecto a palabras ya existentes.
 - de palabras nuevas provenientes
 - de otras con añadidos, supresión o modificación o cambios respecto a otras ya obrantes en otros diccionarios.
 - con otros significantes antes inexistentes.

Y, claro está, dado el título de la obra, parece evidente que lo que ofrezco a la consideración de los demás se enmarca en el segundo de los modelos enunciados, con la salvedad de que no por ello deja de tener en cada entrada la estructura clásica, es decir, un significante y un significado.

A mí, en lugar de coleccionar Barbies, pongo por caso, me ha dado por hacer acopio de palabras nuevas. No creo que se pueda por ello hacerme algún reproche. ¿Quién no ha querido alguna vez volar o ser inventor de ene cosas, más o menos útiles y sin las que, hasta ese momento, se desconoce cómo había podido sobrevivir la humanidad? Así, solo he tratado de dar vueltas a las letras hasta conseguir formar una **palabra**, como criatura de pluma, tinta y papel o de cabeza y ordenador, y que nace o fluye del cerebro/alma/ de lo más recóndito y desconocido del hombre, y **nombra** una cosa, como luego veremos con expresión más poética.

En el prólogo de los editores (*Revista de Occidente*) a su *Diccionario de Historia de España* (Madrid, 1952, pág. IX), quienes lo mandaron hacer subrayan su «**utilidad y necesidad**», cosa en principio predicable de cualquier diccionario. Pues bien, nada más

lejos de mi propósito. Es un esfuerzo inútil e innecesario el hacer un **diccionario inventológico**, al menos en lo que se refiere a su alteridad. No obstante, diré que a mí me ha servido. Se aludía allí también a que en sus páginas había conocimientos para «el profano, el estudiante, el erudito». Tampoco aquí tales personas encontrarán acomodo, pues en estas páginas no han de hallar remedio para sus males. De igual manera, no he buscado más que una yuxtaposición de voces imaginadas cada una a su aire, sin obedecer a esquema preconcebido o al servicio de disposición determinada. Y, aun así, puede que ese efecto se haya producido y que reine la armonía en sus páginas. ¡Ojalá! No supondría, creo yo, equivocación extrema, afirmar que todo libro (o, mejor, el autor de esas páginas y palabras nuevas) desearía que la obra alcanzase las tres *gracias*, esto es, belleza, armonía y sabiduría.

Al comienzo, lo reconozco, no se trató de un proyecto racional, ni racionalizado (más que a partir del momento en que empezó a tener un cierto volumen), casi salió por sorpresa. El reto, una vez encontradas ciertas palabras (recuerdo bien que al principio me pareció un hallazgo *crystalida*), era hacer diez cada día. Desde mi móvil —ahí las he escrito todas— las enviaba a mi correo electrónico, y al día siguiente Bego hacía una versión ya ordenada de todas y me las imprimía.

Ha sido fruto de una jocosa laborterapia; un juego que me servía de distracción, aguzaba la inteligencia y me recordaba mis muchos años en la enseñanza, donde tan imprescindible resulta definir bien las cosas, de manera ordenada, con el menor número posible de palabras y, a poder ser, sin que el significante entre en la propia definición.

El muy conocido diccionario de Julio Casares, esfuerzo titánico y de veras original, contiene un sugestivo subtítulo: «Desde la idea a la palabra; desde la palabra a la idea». Este genial lexicógrafo se

refiere en su más relevante obra a «la necesidad de nombrar cosas y operaciones para las que, hasta ahora, no existía denominación adecuada». Conmovedora incluso resulta su reflexión de la página VIII: «la república de las letras padece una triste indigencia: mientras el diccionario de la lengua se acrecienta y se perfecciona de una a otra edición, el caudal circulante de vocablos se empobrece de día en día». No sé si desde su primera edición, allá por 1942, habrán cambiado las cosas; pero por si no ha sido así, le he hecho caso a mi compañero de las Cortes (don Julio fue letrado de las Cortes, aunque no llegué a coincidir con él: ingresó en 1910 y falleció en Madrid en 1964, mientras que, por mi parte, yo ingresé en el Cuerpo de Letrados de las Cortes en enero de 1975) y he tratado de contribuir a que dicho posible caudal se incrementase. En su página 294 dice que *diccionario* es «libro en que por orden comúnmente alfabético se contienen y explican todas las dicciones de una lengua, o se ponen en correspondencia con las equivalentes de otro u otros idiomas». Obviamente, el descrito no es mi caso, pues tan solo he pretendido contribuir con algunas dicciones, eso sí, fruto del invento e inexistentes hasta hoy. Pero don Julio, que también fue violinista excelso y políglota que manejó hasta dieciocho idiomas, sabía lo que decía, pues la pretensión de todo diccionario debería ser la que él señala como válida. Yo solo aspiro a que el lector me otorgue su comprensión y acepte alguno de los términos que le propongo. En todo caso, permítaseme, al hilo de las palabras de Casares, que hagamos otra reflexión: parece como si hubiese una lucha de vectores en pugna, y que uno avanzase lo que el otro retrocede, y que, a manera del principio de Arquímedes, se produjese una especie de compensación permanente entre los lenguajes oficiales y los que libremente van apareciendo, de suerte que salientes y entrantes, más o menos, empatasen. Yo, desde luego, hablo desde lo inoficial, o inoficioso cuando menos, y espero que algunas de mis palabras hallen acogida y que ese proceso de nivelación de nuevo se produzca.

Cierto es, en todo caso, que esa pugna siempre va a existir: van a contender lo oficial y lo libre, lo reglado y lo espontáneo, lo útil y lo inútil, lo aburrido y lo divertido, lo permitido y lo transgresor, lo antiguo y lo nuevo, lo presente y lo futuro, lo hecho y lo por hacer, lo creado y lo creativo, lo colectivo y lo personal, lo genérico y lo singular, lo conservador y lo progresivo, lo obsolecente y lo revisionista, lo centrípeto y lo centrífugo (de este último binomio habló en su día, creo recordar, Saussure, cuando distinguió entre lenguaje y lengua). Y así tendríamos el panorama de posibles escenarios en que me he movido para confeccionar cada palabra. Este diccionario es una mezcla de todo ello, sin dejar por ello de reflejar, a manera de un cuaderno, la bitácora del alma, los estados de ánimo de cada momento en que he acometido la tarea de ir pergeñando palabras a lo largo de meses.

¿Cómo no, llegados a este punto, evocar al poeta? Mejor que nadie ya lo dijo Juan Ramón Jiménez. «¡Inteligencia, dame/ el nombre exacto de las cosas!/ Que mi palabra sea/ la cosa misma»². Y añadiríamos con el otro poeta (prometo volver a citarle) «¡Quién hubiera tal ventura!», extremo que Arnaldos deseaba fervientemente: igual que yo. Ojalá alguna de mis palabras de este diccionario tenga la fortuna de lograr definir una cosa, un sentimiento, un anhelo, un deseo, una realidad, o simplemente algo bello, seductor, sugerente. La ficción necesita soportes para expresarse. Y aquí puede radicar una de las claves para justificar cualquier tipo de diccionarios. No es un secreto, hoy día es común aceptar el itinerario de una palabra, que se crea primero en el habla, pasa más tarde a la escritura privada y logra después consolidarse en la escritura pública y publicada³.

² *Eternidades*, publicado en 1918.

³ Vid Kory STAMPER, *Palabra por palabra. La vida secreta de los diccionarios*, Capitán Swing, Madrid, 2018, pág. 217.

SEGUNDO

EL MÉTODO O SU CARENCIA

Un autor decía que «se necesita más fuerza para continuar una empresa útil que para emprenderla»⁴. Lo cita su genuino sucesor, Pascual Madoz, el cual, con respecto a su propio diccionario, afirmaba que requería «método, investigación, examen, crítica y comprobación»⁵.

Y hay que dar la razón a esos dos geógrafos-diccionaristas. Hace falta método, por rudimentario que este sea, y es precisa la fuerza para continuar la empresa iniciada, aunque, como luego se dirá, el esfuerzo resulta más llevadero si el empeño se realiza por medio de un juego, que no cansa y distrae.

A caballo entre este apartado y el siguiente tengo que decir que sí he seguido *precedentes*, aunque no por ello debe entenderse que he utilizado un método predeterminado. Esos precedentes, como el humorístico trabajo de José Luis Coll, obviamente me han servido de inspiración, si bien tampoco ahí puede decirse que resida la esencia de lo que ha acabado siendo este diccionario, que no en balde tiene en su título referencia a que es del todo inventológico, y ello debe entenderse como afirmación que vale por sí misma tanto en sentido afirmativo como de exclusión de los demás tipos de diccionario. Y ya que he mencionado un modelo, un diccionario atípico que en su día me inspiró mucho, he de decir que en el prólogo de Cela a esa obra afirma que Coll

⁴Sebastián MIÑANO, *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal*.

⁵Es muy conocido su *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, 16 volúmenes entre 1848 y 1850. Quizá es menos sabido que fue presidente del Congreso de los Diputados. Prólogo, pág. VIII del Tomo I.

«se cisca en la filología y en la etimología, en la semántica y en la lexicografía», elemento anarcoide que quizá sea consustancial cuando uno no quiere seguir los cánones tradicionales al hacer un diccionario. Por ello, me inclino a pensar que Cela podría decir hoy lo mismo que entonces teniendo en sus manos otro diccionario heterodoxo⁶.

Sí he seguido, en todo caso, una cierta metodología, pero no al principio, sino una vez el caudal de palabras creadas tenía ya un cierto volumen. El método, o su carencia, no obstante, acaso condicionen el devenir de la obra, el premio o castigo a que me haga acreedor por su creación⁷.

⁶ Cela nos recuerda en ese prólogo, página 16, que antes que Coll «se permitieron idéntico lujo desusado —el de acuñar creaciones léxicas como si fueran peluconas— Quevedo y don Leandro Fernández de Moratín, Unamuno, Pérez de Ayala». ¡Qué honor engrosar esa lista plagada de genios de nuestra literatura!

⁷ Kory STAMPER, *Palabra...*, op. cit., pág. 34, dice sin rebozo que «el triste destino de quienes se afanan en los más bajos empleos de la vida intelectual es el de obrar más espoleados por el temor al castigo que atraídos por la esperanza del premio; el de hallarse expuestos a la crítica sin esperanza alguna de recibir elogios; el de caer en desgracia por sus errores o ser castigados por sus descuidos, sin jamás ser aplaudidos por sus éxitos ni recompensados por su diligencia. Entre esos infelices mortales se encuentran los autores de diccionarios».

TERCERO

MODELOS A SEGUIR O TAMPOCO

Así es; hay, y quizá el dato es suficientemente conocido, diccionarios para todos los gustos, aunque predominen los etimológicos, los académicos, los de varias lenguas y los técnicos relativos a las diversas ramas del saber. ¿Qué sentido tendría, pues, empezar esta aventura cuando parece que todo está escrito, que nada nuevo puede aportarse? Pues quizá ahí es donde encaja mi esfuerzo, consistente no en recoger lo que ya existe y dotarlo de una explicación del tipo que sea, sino en crear posibles palabras *ex novo* o dotar a algunas conocidas de una visión distinta a la que ya tienen mercedamente.

Se trata, pues, de una perspectiva diferente de muchas cosas. Acaso se parezca más, aunque guardando el modo habitual de cualquier diccionario al uso, a una nueva *Jurisprudencia en Broma y en Serio*. ¿Palabrodencia inventada y de veras? Por ahí van los tiros. He hecho un diccionario de palabras «mías buenas», expresión que con todo el cariño tomo de mi hijo Javier, que, muy niño, de cara a un viaje en coche hace años, nos sorprendió llevando en la mano una casete en que había recopilado canciones, sus «mías buenas», para poder escuchar en el trayecto. Son, pues, palabras *sui generis*, salidas de mezclas y combinaciones que me sonaban bien y que, me atrevo a pensar, los demás podrán leer o escuchar con agrado.

Al comienzo, las ideas de las palabras, por así decir, venían solas. Siempre hemos jugado en casa con las palabras, los dobles sentidos; hemos inventado significados para algunas ya existentes, o, al revés, hallado significantes para significados ya dados... Al cabo de algún tiempo, no obstante, cuando fue creciendo el

material, como antes apunté, sacaba palabras de los textos que leía y trabajaba sobre esas anteriores, aunque no por ello, repito, hay necesariamente que hablar de método, sino, a lo sumo, como subrayo en otro lugar de esta introducción, de una cierta metodología de trabajo cuando el caudal de palabras inventadas tenía ya un cierto volumen. Esa metodología, de alguna manera racionalizadora o que encauza la creatividad libérrima, tenía el objetivo claro de que no se agotara el venero.

Añadiré, además, que pronto cobró fuerza la idea de juego. Me distraía hacer combinaciones. Aunque no me mueve ningún afán de que mis palabras se conviertan en idioma hablado por todos. Basta con la mera creación de las palabras. Incluso en algunas ocasiones busqué rellenar huecos del lenguaje, impreciso o incompleto: por ejemplo, y ojalá no hubiera tenido que hacerlo tras haber sufrido la experiencia, carecemos de palabra específica que refleje la pérdida de un hijo o de un hermano. Así, *verbi gratia*, surgieron *filiórfano* o *fraterórfano*, que tratan de describir cómo queda un padre cuando se muere un hijo o un hermano al perder a otro.

Y, sí, a pesar de esos pesares, entono un entusiasta ¡ludócratas al poder!, convencido de que, desde mayo de 1968, estas invitaciones a que actúe la imaginación lúdica pueden dar mucho de sí y cautivar a no pocas mentes sedientas de diversión, amén de rendir frutos aprovechables para los demás.

El resultado de la búsqueda o de la combinación de letras, raíces, etc., puede decirse que es una mezcla de cosas que conocemos por la realidad y por cuentos y relatos leídos u oídos contar en nuestra niñez y juventud, que acaban formando un revoltijo inverosímil. Lo más sorprendente, en todo caso, es su final insospechado. Tras la mezcla de letras y sonidos viene la sorpresa y no pocas veces la satisfacción e incluso el asombro, por mucho que las letras nos sean todas conocidas.

De una parte, suena a ¡Sésamo, ábrete!, magia con la que accedemos al tesoro.

De otro lado, en el camino, en ocasiones con la sensación inesperada y placentera de haber navegado sobre el mar, descubrimos destellos de un faro, que nos señala por dónde debemos seguir, evitando todo escollo que nos echaría a pique sin remisión, aunque al tiempo suponga que alguien nos advierte de que quien no se arriesga no cruza la mar.

Por último, oímos una voz real, al tiempo firme, pero incitadora, que viene —dentro del marco de nuestro romancero— del marinero con que, en la mañana de San Juan, se topó el conde o infante Arnaldos. Esa voz no para de recordarnos una acaso recelosa empatía: «yo no digo mi canción sino a quien conmigo va», y que también, como el faro, nos invita a continuar, pues solo con la constancia se nos desvelarán los secretos que esconden el lenguaje y las letras.

Estas, tras involucrarnos sutilmente en su juego, cantan un jubiloso eureka, vuelven a descolocarse, a ordenarse a su manera, a la espera de otro nuevo intento por nuestra parte. Esa fortuna llegará si persistes, pero hay que tener cuidado: es preciso estar atento, en guardia, pues cuando se produce la iluminación, esa apertura de la cueva del tesoro, tienes que aprovecharla, no dejarla escapar, has de aherrojar la palabra nueva y hacer como Góngora (cuando traducía el *carpe diem* de Horacio en su *Oda a Leuconia*): «Coge la flor que hoy nace alegre, ufana. ¿Quién sabe si otra nacerá mañana?».

¿Se puede, honestamente, pedir más? Nada resulta tan sorprendente ni más gratificante. El gozo es, así, pura fantasía, éxtasis incomparable y renovado deseo de seguir. Ya he dicho quizá que es un juego adictivo.